



17 

Alicia Morel
**EL SECRETO
DEL CARACOL**

UN DUENDE TRAVESO QUE HACE DE LAS SUYAS, UNA REINA OBSESIONADA CON LAS COMPRAS Y UN TESORO BIRN ESCONDIDO. UNA LAGARTILLA QUE NO SE CANSA DE INVESTIGAR HASTA DESCUBRIR QUE ES ESE MISTERIOSO OBJETO TAN PARECIDO AL SOL Y UN CARACOL QUE GUARDA CELOSAMENTE UN SECRETO. EN ESTAS PAGINAS ENCONTRARAS CINCO HISTORIAS CARGADAS DE MAGIA, FANTASIA Y HUMOR.

137735-5
\$ 6.190

ALICIA MOREL ES UNA RECONOCIDA ESCRITORA CHILENA. PUEDE UNA LARGA TRAYECTORIA EN LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL EN NUESTRO PAIS Y ES AUTORA DE MAS DE MEDIO CENTENAR DE LIBROS. ADEMAS, ES COAUTORA, JUNTO A MARCELA PAZ, DE PERICO TRIPYAFON CHILE UN CLASICO DE LA LITERATURA INFANTIL CHILENA, QUE TAMBIEN ES EDITADO POR EDICIONES SM.

A PARTIR DE 7 AÑOS

ISBN 978-956-264-731-1



9 789562 647311

17
Ch

El secreto del caracol

Alicia Morel

EL BARCO



DE VAPOR

Alicia Morel

El secreto del caracol



Ilustraciones de Andrés Jullian

sm

El secreto del caracol

Alicia Morel

1 *Historia de Verdecito*

MOJADOS y con frío, Marcela y su pequeño hijo Martín llegaron por fin a su casa. En el momento de abrir la puerta, vieron un pequeño bulto oscuro que corrió delante de ellos y se metió en el cuarto de guardar bajo la escalera.

—¡Un ratón! —exclamó Marcela.

—¡Un hombrecito verde! —gritó Martín al mismo tiempo.

Marcela fue a buscar una escoba a la cocina para matar al ratón. En cambio, Martín corrió al cuarto de guardar para ver de cerca la figura del hombrecito, pero entre las maletas y las sillas cojas nada pudo descubrir.

Pronto llegó Marcela con la escoba, pero por más que sacó algunas cosas acumuladas y revolvió los rincones, no encontró ni ratón ni duende verde.

Después, no se sabe si por casualidad, empezaron a suceder cosas raras, como crujidos en el techo o en la escala; aparecieron paquetes rotos en la despensa, especialmente de cereales y avena, lo mismo que manzanas con pequeños mordiscos.

—Es un ratón del bosque que se metió a la casa para escapar de la lluvia —señaló Marcela.

Por más trampas y venenos que puso, ningún roedor cayó en ellas: los crujidos y pequeños robos en la despensa no terminaron; al contrario, fueron en aumento.

—Es el duende, que tiene hambre —explicaba Martín, dejando trocitos de pan sin que su madre se diera cuenta, miguitas que pronto desaparecían.

“Se los comió el Verdecito”, pensaba el niño, poniéndole nombre al pequeño bulto que entró a la casa.

Otro día, Marcela encontró la basura del jardín repartida por todas partes: entre los rosales, en el pequeño prado de pasto e incluso colgando de una rama del magnolio, el único arbusto que daba sombra a la casa.

—No sé qué está pasando. Parece como si un diablo se hubiera metido a la casa —alegó.

“Verdecito debe ser un duende malo”, pensó Martín.

Solo una vez el niño lo divisó tirándose por la baranda de la escala y desapareciendo rápido en el cuarto de guardar.

“Tal vez Verdecito vino del bosque cercano”, reflexionó Martín, quien solía hacer paseos con sus amigos por ese enorme parque natural.

Sí, Verdecito tenía su historia, de esas que suele contar el viento o

las nubes cuando se juntan y se deshacen en mil figuras.

Aquí va el cuento de por qué el duende se metió a la casa de Marcela y Martín en un día de lluvia.

Tal como adivinó el niño, Verdecito venía del bosque. Allí se le conocía por otro nombre, Cadillo, porque era mal vecino, mal amigo y molestaba a las hadas de la vertiente como esas semillas que pican, metiéndose por las mangas y los calcetines.

Cadillo no siempre había sido así. Todo comenzó un día de primavera cuando se abrieron las flores que rodeaban la casita de paja del duende:

—¡Oh! ¡Qué lindas flores de todos colores! —cantó dando saltos de alegría.

Decidió mirar las flores de sus vecinos, contento de que por fin todos pudieran tener algo así como jardines, por desordenados que fueran.

Se detuvo frente al árbol de los elfos y al oler un delicioso perfume que brotaba de entre las raíces, descubrió una flor única, cuyos variados colores brillaban igual que un arcoiris. Pero esto no era lo más importante, el olor de la corola se transformaba en una suave melodía que penetraba el corazón como un consuelo.

—Esta es la felicidad, mi felicidad —suspiró Cadillo oliendo una y otra vez la flor.

Desde ese momento solo deseó tenerla en su jardín. Sin pedir siquiera permiso a los elfos, quienes eran los dueños de la flor, trató de sacarla de raíz. Pero apenas la tocó, la flor empezó a marchitarse, inclinando la corola. El duende retiró la mano, asustado por esta reacción, pero también los elfos hicieron ver su enojo. Uno de ellos, el más azul, lanzó un rayo sobre la mano de Cadillo, como una pequeña palmada. El duende sintió la

humillación, y las espinas que todos tenemos dormidas en el corazón, se alzaron en el de Cadillo para clavar no solo a los elfos, sino a todo el que se le acercara.

—¡Si esta flor no puede ser mía, no será de nadie! —gritó.

Peró Azul fue más rápido: antes de que el duende tocara la flor, se vio envuelto en una centella que lo lanzó lejos, y por largo rato estuvo sin ver ni oír, sintiendo que se le quemaba el corazón. Cuando se recuperó, la venganza y el rencor se habían apoderado de Cadillo, convirtiéndolo en un ser peligroso.

Desde ese momento, los habitantes del bosque empezaron a padecer las maldades de Cadillo. Esa misma noche se desveló pensando en qué podía dañar a los elfos, sobre todo a Azul, que lo había humillado. Al otro día salió al alba de su casa de paja y robó el rocío de las flores, juntán-

dolo en sus tazas de greda y echándolo después en un agujero donde se sumió.

Los elfos buscaron en vano con qué refrescar su flor maravillosa; solo encontraron restos, sin explicarse qué había pasado. Tuvieron que traer gotas de agua desde la vertiente del bosque.

A la noche siguiente, como Cadillo no podía dormir con sus malos pensamientos, persiguió a las luciérnagas y apagó sus luces; las hadas no pudieron bailar con sus amigas preferidas.

La tercera maldad alertó a los elfos y a todas las criaturas del bosque: ¿quién era el que estaba tramando hacerles daño? Porque había caído una lluvia de piedras sobre la vertiente que alimentaba al bosque, y el agua, en vez de ser un riachuelo que circulaba en todas direcciones, corría hacia un solo lado y no alcanzaba a mojar



las raíces de todos los árboles.

No demoraron en notar que Cadillo andaba sucio, despeinado y con la ropa en harapos. El primero en darse cuenta fue Azul:

—Dile al hada Tejedora que te zurza los pantalones —aconsejó.

—¿Acaso te importa cómo me visto? —gruñó el duende.

El elfo Lilo se puso a reír:

—¡Se te olvidó lavarte la cara!

Su amigo topo le preguntó con preocupación:

—¿Te pasa algo malo?

—Anda a cavar agujeros —contestó Cadillo de mal modo.

—Con razón te llaman Cadillo —comentó el topo con pena, porque a pesar de la impertinencia del duende, lo quería.

“Sí”, pensaron todos, “Cadillo está diferente”.

Azul reunió entonces a elfos y hadas para vigilar al duende. Pusieron

ojos y oídos en todos los árboles y no tardaron en sorprenderlo en su cuarta maldad: borró todos los senderos de la tierra y del aire que recorrían los animales del bosque, de manera que los conejos no podían encontrar sus madrigueras, ni los pumas sus cuevas, ni las abejas sus colmenas, ni las hormigas sus hormigueros, ni los pájaros sus nidos. ¡Imaginen qué desastre y confusión terribles!

Elfos y hadas unieron sus poderes y detuvieron a Cadillo, envolviéndolo en una firme telaraña.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —gritó el duende, sorprendido.

—Tus maldades acabaron con nuestra paciencia —contestaron las hadas de la vertiente.

—¡Qué pena! —se burló Cadillo, haciendo gestos con la cara.

—Si no te corriges, tendrás que salir del bosque —añadieron los elfos.

—¿Y si no quiero?

—Todos los que han sido dañados por ti así lo piden y exigen: las hadas, los árboles, los animales y nosotros.

Sin esperar otro alegato, una fuerza como el viento envolvió al duende y lo sacó del bosque, arrojándolo a una charca. La luminosidad del día lo golpeó sin la sombra protectora de los árboles. Salió del agua medio enceguecido y trató de buscar algún refugio. Fue en ese momento que vio a Marcela y Martín entrando a su casa y se coló entre sus piernas, buscando amparo bajo techo.

Como ya sabemos, se escondió en el cuartito bajo la escalera, pero pronto descubrió un lugar más adecuado a su personalidad de duende: la buhardilla, donde el niño tenía sus juguetes y un pequeño escritorio con cajones para estudiar y hacer sus tareas. Cadillo, oculto tras las cortinas de la ventana, pasaba horas obser-

vando a Martín con un palito en la mano del que salían rayas y pequeños dibujos que no significaban nada, por lo menos para él. No encontró nada mejor que imitar al niño apenas este bajaba a comer para luego acostarse. Varias veces tomó el mágico palito y rayó, maravillado, las tareas de Martín.

¡Vaya sorpresa del niño cuando entregaba el cuaderno a la profesora y esta le ponía mala nota por el desorden!

—Martín, ¿qué significan estas rayas?

—Pero... yo no las hice —tartamudeaba el pobre sin comprender aún lo que había pasado.

—¡Las habrán hecho los duendes, entonces! —exclamaba la profesora, poniendo un brillante dos a la tarea.

“Claro”, pensó Martín abriendo los ojos, “Verdecito se debe haber

metido en mi cuaderno...”

Esa tarde, en cuanto volvió a casa, trepó a la buhardilla y abrió el cuaderno rayado:

—Oye, Verdecito, ¿por qué me rayaste la tarea? La profesora me puso la nota más baja del curso —reclamó Martín mirando en los rincones más pequeños.

En uno de ellos descubrió al duende, que reía en silencio, lanzando brillos intermitentes.

—Te daré unas hojas para que rayes... Puedo enseñarte a escribir los números —ofreció Martín.

—¿Por qué me llamas Verdecito?

—Porque eres de ese color. Supongo que escapaste del bosque —continuó el niño.

—El bosque... —musitó el duende al acordarse de pronto del lugar al que pertenecía y que había perdido, sintiendo una punzada en el centro

del pecho, donde se guardan amores y odios.

—Mmm..., claro, lo echas de menos —siguió Martín—. ¿Acaso no puedes volver?

—¡Claro que puedo, pero no quiero! —exclamó Cadillo y, haciendo un gesto de enojo, desapareció.

Pasó una semana sin que el duende se asomara, así como tampoco sus molestas manifestaciones. Cuando Martín creyó que por fin se había ido, en su cuaderno de matemática aparecieron nuevamente unos rayones. Buscó a Verdecito por todos los rincones sin encontrarlo. Lo llamó inútilmente poniendo su boca en los agujeros estrechos en que podría haberse metido. Por fin, una noche lo sorprendió justo en el momento en que el duende, lápiz en mano, se disponía a rayar sus tareas.

—¡Eh, Verdecito! ¿Qué haces? —exclamó Martín tomando al duende



de la punta del gorro.

—¡Suéltame! —chilló el otro patealeando.

—¡Cálmate! No te haré nada. Oye, te estuve buscando y llamando y no respondiste. ¿Por qué te portas así? Quiero ser tu amigo.

Al oír la palabra "amigo", Verdecito dejó de forcejear y miró con asombro a Martín.

—¿No me crees? Desde el momento en que te vi entrar a la casa, corrí detrás de ti para conocerte —explicó el niño.

—Yó no soy amigo de nadie. No sé lo que significa ser amigo —murmuró Verdecito.

Esta vez fue Martín el que se quedó pensando. En verdad, ¿qué era "ser amigo"? Tampoco él podía decir que tenía amigos. En el liceo había mucha competencia en la que él no participaba por su timidez y por ser flacucho. Sus combos, decía Andrés,

el peleador, parecían de aire. El más amigo era el pequeño Javier, al que defendió varias veces de los abusos de los mayores. Con él conversaba un poco, hacían las tareas juntos en el descanso después de almuerzo y a veces se reían de sus equivocaciones.

—Creo que ser amigo es conversar y reír juntos —concluyó.

—¿Por qué conversar y reír juntos? —preguntó el duende.

—Porque así se conocen los amigos —contestó Martín, quien se encontró hablando solo: el pequeño ser había desaparecido bruscamente.

Martín no se dio por vencido. En una hoja de cuaderno escribió los números 1 y 2, dejando al lado un chonguito de lápiz, más cómodo para el duende.

Esa noche, al mirar por la ventana, lo vio bailar a saltos entre las plantas del pequeño jardín y escuchó su voz de grillo, algo desafinada,

repetiendo: "Conversar y reír, conversar y reír".

Al otro día, al volver del liceo, encontró sobre el escritorio la tarea de Verdecito: una culebrilla representaba el número uno y una redondela chueca, el dos.

—Para empezar está bien, pero la tarea hay que repetirla hasta que salga perfecta —opinó Martín en voz alta, por si lo escuchaba su invisible alumno.

Así, duende y niño comenzaron a hacerse amigos, hasta el día en que Verdecito le confesó a Martín las maldades por las que lo echaron del bosque. Mientras contaba cómo apagó las luciérnagas y dejó sin agua a parte de los árboles, sus ojos lagrimearon y terminó diciendo:

—Ahora, no haría nada de eso, porque echo de menos mi casa de paja, mi pequeño jardín silvestre y al topo, que abre hermosas y abri-

gadas galerías donde paso parte del invierno.

—Yo creo que puedes regresar al bosque. Cuando los elfos y las hadas se den cuenta de que has cambiado, te dejarán entrar.

—¿Cómo van a saber?

—Porque cuando llegues a los primeros árboles, les pedirás perdón. Lo mismo vas a hacer con las luciérnagas, las hadas, los elfos y la vertiente, a medida que avances por el bosque...

—¿Pedir perdón? Los duendes jamás pedimos perdón.

—Entonces nunca volverás al bosque —sentenció Martín.

El duende estuvo escondido durante una semana. Martín no lo buscó porque, se dijo, "Verdecito está pensando en lo del perdón".

Claro, cuesta mucho pedir perdón, pero cuando es justo hacerlo, se va abriendo una pequeña luz en el

corazón que dice: "Si quieres paz y alegría, pide perdón" Para Cadillo, la paz y la alegría estaban en regresar al bosque, donde se hallaba su hogar

Así fue como el duende Cadillo decidió pedir perdón. Pero no quiso hacerlo a plena luz del día, sino que escogió el momento del anochecer

De guijarro en guijarro, de piedra en piedra, se acercó a un transparente maitén que movía sus finas hojas en el aire, al oscurecer El duende enredó sus palabras a esa suave ventolera y, de ese modo, estas giraron primero alrededor del bosque, para entrar enseguida entre las ramas y las hojas, subiendo y bajando para que nadie quedara sin oírlas.

*Pido perdón, dulce maitén,
a cada una de tus hojas,
y a las raíces que beben
de la mágica vertiente.
Y a ti vertiente, y a las hadas*

que viven en tu canción.

*A luciérnagas y flores
pido también su perdón
y a los elfos que las cuidan,
y a los caminos y huellas
que siguen los animales.
Perdóname oscuro bosque,
déjame entrar a tu sombra*

Todos los que despertaban a esa hora creyeron que seguían soñando con la canción del perdón, y los que se preparaban para dormir se desvelaron. El topo, de finos oídos, reconoció la voz del duende y chilló:

—¡Cadillo ha vuelto al bosque y pide perdón!

Animales diurnos y nocturnos abandonaron sus refugios. Hadas y elfos formaron un remolino de alas, brillando como arcoiris. Los pájaros se unieron a ellos y el picaflor atravesó los ramajes sin chocar con ninguna hoja, como mensajero del perdón.

—¡Te perdonamos, Cadillo, y olvidamos tus maldades! ¡Vuelve al bosque, regresa a tu casa!

Con lágrimas de alegría, el duende se internó por los senderillos hasta su casa de paja. La encontró medio deshecha después de tantos días, pero eso era lo de menos, podía reconstruirla en un segundo. Corrió hacia la flor de los elfos. La olió y la besó sintiendo su consuelo.

—Perdóname flor por no entender que tú eres de todos los que viven en el bosque.

Hadas y elfos lo llevaron en sus alas hasta la vertiente, donde bebió y se bañó, sintiéndose un duende nuevo.

—¡Ya no me llamo Cadillo! ¡Me bautizo con el nombre de Verdecito!
—gritó, acordándose del niño que le había enseñado a apreciar la amistad y a pedir perdón.

Martín no volvió a ver a su misterioso amigo, pero de vez en cuando el viento dejaba en su ventana unas hojas escritas con los números 1 y 2.

—Son del duende —decía el niño a su madre.

Ella sonreía, pero seguía creyendo que el tal duende no era sino un ratón que había regresado al bosque.

2 La última moneda de oro

HACIA el anochecer, allá en la pequeña Villaflor, en todas las casas se oían conversaciones parecidas.

—¿De qué color amanecerá el palacio?

—De color rosado. Mi hermano, que es uno de los cien pintores de la reina, tenía una mancha de ese color en la manga.

—No, no. Ya usó ese tono. Mañana el palacio estará pintado de amarillo y oro.

Se hacían apuestas sobre el color del palacio, que una vez al mes cambiaba de aspecto. Sucedía lo mismo con los jardines y parques: la reina

amaba las flores y ordenaba a sus cien jardineros poner otras cada semana. A veces, no alcanzaban a florecer del todo porque la reina se entusiasmaba con plantas diferentes, incluso con las flores silvestres de la vecina Villamaleza.

En Villaflor todo cambiaba constantemente según el ánimo, por no decir el capricho, de la hermosa y algo anciana reina Casilda. Por tratarse de asuntos de Estado, se murmuraba en secreto que estos antojos e inquietudes de la señora se agudizaron cuando Raimundo, el único hijo y heredero, huyó del palacio al no poder casarse con Panfilina, la dama de honor de la reina. Casilda se había opuesto porque esperaba que el príncipe se enamorara de una princesa. Nunca lo habían podido encontrar, aunque se sospechaba que vivía escondido en alguna de las dos villas. Para olvidar esta pena, la reina se entretenía con

los cambios y los sueños.

Una mañana, apenas despertó la soberana, citó a los tintoreros de palacio con mucho apuro.

—¡Corre, Panfilina, antes de que se me olvide el color que soñé!

La dama voló por los pasillos, a tropezones, porque aún estaba medio dormida. Los tintoreros llegaron con caras de preocupación: sabían lo difícil que era complacer a la reina cuando se le ocurría un matiz especial.

—Soñé con un color maravilloso, mezcla de aberrojo y amarillo... ¡Un "color cuncuna"! —exclamó con entusiasmo ante el asombro y el terror de los tintoreros.

Fue necesario ir a los huertos a coleccionar toda clase de orugas que les pincharon las manos, hasta descubrir cuál de ellas tenía el color soñado por la reina. Ensayaron una y otra vez las mezclas hasta conseguir el tono preciso.

Sin duda, la que más sufrió fue Panfilina. Llevó una por una las orugas sobre una almohadilla para la aprobación de su señora. Como era muy distraída y las cosas se le caían de las manos por nada, almohadilla y oruga saltaron lejos muchas veces. Obligada a recogerlas, tenía las manos rojas e hinchadas a causa de los pinchazos de las cuncunas.

Cuando por fin los tintoreros lograron el color deseado, tiñeron varias piezas de seda con el matiz "cuncuna". La reina los recibió disimulando un bostezo.

—Gracias. Sí, este es el color que soñé, pero ya no me gusta. No sé por qué en los sueños las cosas tienen un brillo diferente.

Pagó a los tintoreros generosas monedas de oro, sacándolas de la bolsa siempre abierta del rey, y regaló a Panfilina las piezas de seda, advirtiéndole:

—No se te ocurra venir a palacio vestida de ese color.

A la dama no le quedó sino guardar el regalo para siempre, o para cuando se casara.

La pobreza llegó fatalmente al palacio de Villaflor por el afán de novedades de la soberana. El rey Pío daba a su esposa todo lo que a ella se le ocurría, no solo para que olvidara la rebeldía de Raimundo, sino, sobre todo, porque la amaba.

También tenía miedo de las pataletas que solía armar Casilda cuando no lograba algo, a pesar de que hacía tiempo tenía cumplidos los cuarenta años.

Lo peor eran sus amenazas de irse a Samarcanda, el lejano reino donde había nacido. En numerosas ocasiones, Casilda prometió marcharse a casa de sus padres, aunque estos habían muerto de puro viejos. Una vez, hasta hizo las maletas. La reina no tenía

nada que hacer en su antigua patria, pero le gustaba tener al rey "en espigas", como suele decirse, para que no le negara ningún capricho.

Justo un lunes —luego de dos días sin salir de compras— la reina, seguida de Panfilina, entró a la sala donde trabajaba el rey sentado en su trono.

—Buenos días, querido Fío —saludó con encantadora sonrisa.

El rey asomó la cabeza por encima del larguísimo pergamino que cada semana le traía el maestro de cocina.

—¿Qué quieres, reina mía? —preguntó con su acostumbrada dulzura, aunque sabía perfectamente lo que deseaba Casilda.

—Necesito ir de compras. Hay novedades en Villamaleza —contestó ella bajando los ojos para no ver las arrugas que aumentaban cada día en la frente del rey.



—Novedades —repitió Fío moviendo la blanca cabeza—. ¿Todavía quedan novedades?

—Claro que sí. Panfilina averiguó que anoche llegaron carros repletos de novedades a la aldea vecina.

—¡Ay! —suspiró el rey.

—¿Te pasa algo? —se preocupó la reina, porque Fío jamás se quejaba.

—Tengo que confesarte algo.

—¿Confesarte conmigo?

A Casilda se le abrieron los ojos: los hombres —según le había enseñado su madre— solo se confiesan con sus mujeres cuando han dejado de amarlas.

—Estamos arruinados. No hay con qué comprar los víveres de la semana. Lo siento, mi querida esposa, solo te puedo dar la última moneda de oro. Y se la tendió a su mujer.

Esta noticia era mucho peor que el desamor del rey. Casilda pasó del asombro al enojo.

—Pero ¿qué has hecho para perder así toda nuestra fortuna? —gritó desafinadamente.

El rey Fío la miró con amorosa paciencia.

—Comprendo que para ti es una noticia desagradable, pero bien sabes, reina mía, que no fui yo el que perdió la fortuna. Tal vez tengo la culpa de haber sido débil al darte todo lo que me pedías. Has sido tú, Casilda, la que gastó sin medida la bolsa de monedas de oro que reuní con mi trabajo de muchos años como rey.

—¿Me echas la culpa a mí? ¡Oh!

Fue tal la sorpresa de la reina que se le atajó la pataleta en la garganta. Sin mirar la última moneda que le ofrecía el rey, salió de la sala muy atorada y se encerró en su dormitorio, donde no dejó entrar ni a la asustada Panfilina.

La dama golpeó largo rato la puerta; suavemente al comienzo, como

debe hacerse cuando se llama al dormitorio de una reina, y más fuerte a medida que solo le contestó el silencio. Al final, pegó un tremendo golpe, pero en vano. Solo se oyó el eco. Entonces Panfilina se encogió de hombros, lanzó una risita por el golpe atrevido que dio y se fue a jugar al jardín.

Llegó la hora de almuerzo y la dama subió a la habitación de su señora para acompañarla al comedor, pero por más golpes y porrazos que dio a la puerta, nadie contestó. Asustada, avisó entonces a los pajes, los pajes a los guardias, los guardias al Gran Secretario y el Gran Secretario al rey. La noticia venía algo cambiada al pasar de boca en boca. En vez de la frase de Panfilina: "La reina no quiere abrir la puerta de su dormitorio", el Gran Secretario transmitió: "La reina se quedó encerrada en su dormitorio".

—¡Qué tontería! Llamen al cerrajero de palacio —ordenó el rey pre-

ocupado, pensando cómo podría ganar rápido algunas monedas de oro.

Fue inútil que Panfilina tratara de hacer entender al cerrajero que el problema no estaba en la chapa. El hombre obedeció las órdenes y desarmó prolijamente la cerradura. Al abrir la puerta, solo encontraron el perfume de la reina flotando en el aire. Ella no estaba en ningún lado.

—¡La reina desapareció! —gritó Panfilina en tono tan agudo que acudieron los guardias, los ministros y hasta el Gran Secretario. Los únicos que no hicieron caso del chillido fueron Gatiti, que así se llamaba el gato de Casilda, y el propio rey, acostumbrado a las exageraciones de la dama de honor. Gatiti había trasnochado por causa de una de sus novias y al rey le dolían los pies de tanto pensar.

A través del palacio se oyó un ajetreo desusado, pero Fío se hizo el

sordo. Estaba cansado de las pataletas de Casilda, de sus antojos sin fin, sobre todo ahora que no podía complacerlos. No le quedaba sino aguantar en silencio, acurrucado en el trono, y esperar a que le sirvieran el almuerzo con las sobras de la semana anterior.

Pasaron los minutos y empezó a sentir esa hambre feroz que suelen padecer los ancianos. El ruido de sus tripas se escuchaba en la habitación vecina, donde el Gran Secretario tenía su escritorio. Como no acudió nadie, por más que agitó la campanilla de alarma, salió a mirar qué pasaba. Vio que todos: guardias, pajes y ministros corrían en puntillas por los pasadizos, haciendo gestos de espanto y preocupación. Hasta Panfilina cruzó dos veces frente al monarca sin verlo, con tal cara de terror que el rey la detuvo con un grito:

—¿Se puede saber qué ocurre?!
Fue igual que si el alarido hubiese

convertido a todos en estatuas. La pobre Panfilina se puso tan pálida que parecía un verdadero mármol. Rompiendo la inmovilidad, avanzó entonces el Gran Secretario con un papel en la mano.

—Mi señor, hemos encontrado este mensaje en el dormitorio de la reina —dijo sacando la voz con esfuerzo.

—Veamos, veamos... —masculló Fío colocándose los lentes que colgaban de su cuello.

El papel decía: "Me fui a Samarcanda por el día".

Al leer "Samarcanda", el rey se desmayó. Cuando volvió en sí, vio cerca de su nariz la cara agria del ministro de Salud.

—No se murió— fue su comentario al ver que Fío abría los ojos.

—Tengo que ir a Samarcanda a buscar a la reina —exclamó el rey tratando de levantarse.

Haciendo a un lado al ministro de Salud, se acercó a Fío el ministro de Tierras Lejanas y advirtió:

—Señor, si lee con atención el mensaje de la reina, verá que dice que se fue "por el día" y eso no es posible, porque Samarcanda queda por lo menos a un año de distancia.

El rey se recuperó al instante:

—¡Ah! Entonces debe estar en la ciudad; a lo más, en Villamaleza.

De inmediato se organizó la búsqueda de Casilda. En el palacio no quedaron sino algunos ratones. Eso creyó Gatiti, que oyó con su sexta oreja lo que ocurría en torno suyo.

Primero buscaron a Casilda en las tiendas y negocios; luego, en los parques y sus lagunas, en los jardines y sus juegos infantiles y en las cabañas para jugar a las visitas. No hallaron ningún rastro. Algo despistados, los ministros, dirigidos por Fío, resolvieron ir de casa en casa preguntando

por la reina. Nadie supo dar noticias de ella. Casilda se había convertido en un gran signo de interrogación.

El Gran Secretario se acercó al rey con cara compungida y le sopló al oído:

—Señor, ¿se habrán raptado a la reina tal vez?

—¿Quién querría hacerlo? Saben que no me queda más que una moneda de oro. Sospecho que la reina quiere darme un susto.

—¿No será esta la ocasión de conseguir un perro perdiguero? —sugirió el Gran Secretario, que consideraba emocionante la idea del rapto en un reino donde nunca pasaba algo dramático.

—Me parece bien, así demoraremos menos en hallarla —aceptó el rey, cansado ya de caminar.

El único perdiguero pertenecía al guardabosque, quien empleaba al animal para ubicar personas extra-



viadas en la espesura. Panfilina trajo del palacio una prenda de Casilda y apenas el perro la olió, partió velozmente siguiendo el rastro. Ministros, guardias y curiosos corrieron tras el animal que el guardabosque sujetaba de la trailla. El rey y Panfilina se retrasaron, faltos de aliento.

El perdiguero, luego de oler prolijamente los negocios que frecuentaba la reina, cambió bruscamente de dirección y se lanzó acelerado hacia el palacio.

—¡Este animal está desorientado! —gritó el Gran Secretario, perdiendo la fe en el olfato del perro. Esperó al rey y a Panfilina, mientras los demás continuaban corriendo locamente tras el can.

Fío y la dama de honor se apuraron en la medida de sus fuerzas y se reunieron con el confundido secretario.

—Vaya, vaya —comentó el rey—.

Parece que la reina regresó al palacio, después de todo.

Panfilina se atrevió a decir:

—Es raro que la reina haya salido a pie.

—Hum... —carraspeó el Gran Secretario ante tan pueriles opiniones.

Los tres caminaron hacia el palacio. Desde la entrada sintieron el bullicio de la gente frente al dormitorio de Casilda.

El perro escarbaba la puerta con desesperación, pero nadie se atrevía a entrar al cuarto sin permiso del rey.

Fío subió las escalas casi en brazos del Gran Secretario, mientras Panfilina le sostenía la coronada cabeza. Sin mayor ceremonia, abrió la puerta y el perro se tiró bajo la cama de manera que solamente asomaba su cola, moviéndose con brío. El rey se puso en cuatro patas para mirar bajo el lecho, mientras Panfilina

hacía lo mismo. Allí, durmiendo profundamente junto a una caja de chocolates semivacía, vieron a la propia Casilda.

Fío se levantó con trabajo y anunció a los presentes:

—El perdiguero tiene razón: la reina está debajo de la cama. Les ruego salir para que no la despierten.

Desilusionados, todos abandonaron la habitación. El Gran Secretario arrastró con esfuerzo al perro, que no quería despegarse de la caja de chocolates.

Una vez solos, el rey ordenó a Panfilina sacar a Casilda de abajo de la cama.

—No puede ser que una reina siga jugando a las escondidas —murmuró.

—Una misión difícil. La reina está un poco gorda —suspiró la muchacha, metiéndose bajo la marquesa.

Tenía razón, porque después de

casi una hora, logró arrastrarla fuera del vulgar escondite.

—¿Dónde estoy? —murmuró Casilda medio dormida aún.

Fío estaba enojado de veras. Se sentía herido por el abuso y la desconsideración de la reina hacia él. Iba a abrir la boca por primera vez en muchos años, para comenzar con sus reclamos y acusaciones, cuando Casilda murmuró con humilde sonrisa, haciendo una reverencia:

—Te ruego que me perdones Fío, porque me he portado muy mal contigo.

Fue tal la sorpresa del rey y de Panfilina que se quedaron tiesos.

—Tuve un raro sueño —continuó la soberana—. Soñé que iba de compras, pero en las tiendas, los géneros y los objetos se deshacían al tocarlos. Eran solo ilusiones.

Caminé por las calles de las villas hasta cansarme. Empezó a oscurecer y

llegué a un inmenso almacén de varios pisos que nunca antes había visitado. Sus estantes y vitrinas estaban repletos de cosas finas: porcelanas, objetos de plata y oro, y joyas. Como no había vendedores, fui sacando lo que se me antojaba, pero vi que eran las mismas novedades que compré durante años. ¡Solo que ahora todas eran antigüedades! Subí de piso en piso por unas escaleras de caracol y en todos pasaba lo mismo: no había nada diferente de lo que ya tenía. Al llegar arriba, encontré a un anciano que reía sin parar, contando montones de monedas de oro que iba echando en sacos. Al verme, gritó: "¿Te das cuenta, Casilda, que el tesoro del rey Fío ahora me pertenece gracias a ti? ¡Toma, anda a comprar por última vez!" Y con una sonrisa feroz, me alargó una moneda de oro tan brillante que parecía arder. Sin duda, al tomarla me quemaría. Bajé tan ligero

que las vueltas de las escalas me marearon. Entonces desperté y comprendí que gasté nuestra fortuna en tonterías, en vanidades. Lo hice, mi señor, para entretenerme, pero confieso que hace tiempo estoy cansada y vieja, y aburrida de hacer compras y cambios.

—Tú nunca serás vieja, reina mía. A lo más, una anciana —exclamó Fío emocionado.

—Sí, los dos estamos viejos —afirmó ella—, pero en el sueño que tuve bajo la cama me di cuenta de que la ancianidad es una cáscara de mezquindades y egoísmos que cubre el alma y la ahoga. El alma puede renovarse siempre; guarda una fuente de juventud que traspasa las arrugas del cuerpo con su resplandor.

El rey y Panfilina vieron que la reina tenía la sonrisa de su juventud. Sus ojos brillaban con luces nuevas.

—Ya sé, haré una cosa —continuó



Casilda—: una gran rifa gratis para nuestro pueblo, con todas las novedades que compré durante cincuenta años. Y luego, querido Fío, nos iremos los dos a Samarcanda.

—¿A Samarcanda? —exclamó Fío cada vez más asombrado.

—Sí. En el sueño, mi lejano país se me apareció tal como es: cielos puros, montañas nevadas y aire liviano. ¡El paraíso que hemos buscado siempre! Tú creías encontrarlo amándome con dulzura, fidelidad y paciencia, también con un poco de tontería; yo, comprando novedades y gastando como loca todas nuestras monedas de oro.

—Pero solo nos queda la última moneda de oro para hacer el viaje —alegó el rey, que ya se había entusiasmado con ir a Samarcanda.

—No importa. Haremos el viaje en burro, como lo hace nuestro pueblo. No necesitamos equipaje, porque en el camino hay posadas gratuitas y

fuentes de agua donde descansar y refrescarse. Es hora de que nuestro hijo Raimundo, que hace años anda escondido de nosotros porque tiene ideas diferentes para gobernar, regrese a palacio y ponga en su cabeza la pesada corona.

—Tienes razón Casilda. ¡Qué alivio será sacarme la corona! La tengo como incrustada en la cabeza.

—Tengo algo que agregar. Fue una tontería oponerme a su matrimonio con Panfilina, mi querida dama de honor.

Panfilina se puso colorada y Fío aplaudió.

—¡Espléndido! Panfilina está educada para ser reina con todos estos años viviendo con nosotros.

Entonces Panfilina abrió la boca:

—Yo sé donde está Raimundo... digo, el príncipe. Vive desde hace años en casa del zapatero de Villamaleza.

—Debí pensarlo —dijo el rey—; los zapateros siempre han iniciado las revoluciones, porque saben que tenemos pies de barro.

Todo se solucionó en los tres días siguientes, aunque al rey le costó sacarse la corona y tuvo que recurrir al doctor Clavija, que arreglaba desde guitarras hasta cerebros. Él logró extraer el pesado símbolo del poder de la pelada cabeza de Fío con un poco de aceite de oliva.

Casilda apareció por última vez ante su pueblo para realizar la más gigantesca rifa de que se tenga memoria. Los aldeanos de Villaflor y de Villamaleza consiguieron una cantidad tan grande de hermosos objetos que cada uno instaló en su casa una tienda de antigüedades. Vinieron de todos los reinos vecinos a comprar en monedas de oro los valiosos caprichos que dejó la anciana reina Casilda.

Raimundo, joven y hermoso, fue

coronado al tercer día en medio de la alegría de las dos villas. El nuevo rey nombró Gran Secretario al zapatero, y ministro de Salud al doctor Clavija, a quien le debía la corona.

La boda con Panfilina se celebró enseguida y no hace falta decir que el traje de la novia era "color cuncuna".

Mientras en palacio se celebraba una fiesta llena de luces, la que se recordaría por muchos años, y mientras una orquesta de cien músicos tocaba valsos y polcas de moda, los ancianos Fío y Casilda montaron en dos burros blancos, que compraron con la única moneda de oro y se despidieron sin tristeza de Raimundo y Panfilina.

Gatiti se subió en el último momento a la falda de la reina, porque ya no quedaban ratones en palacio. Partieron al paraíso de Samarcanda, donde aún viven y vivirán felices para siempre.

3 *El tesoro de los duendes*

EL BOSQUE dormía. En el cielo, el ojo de la Luna giraba, agrandando las sombras y lanzando rayos entre las ramas y los helechos.

Los seres del bosque descansaban, menos el gusano de tierra, que había salido de su honda casa para soñar a la luz de la luna. Suspiraba:

—¡Qué baño tan refrescante es esta luz para mi delicada piel! Caminaré guiado por un rayo sobre la corteza del viejo roble. No sé por qué tengo el presentimiento de que va a suceder algo raro.

El traje de seda del gusano brillaba a cada movimiento. Se detuvo

junto a una profunda grieta que llegaba hasta el corazón del árbol; dudaba en entrar, agitando de lado a lado su inquieta cabeza. El rayo de luna se abría paso, iluminando rincones inesperados.

De pronto, una sombra brotó de la corteza del roble. Era un duendecillo muy viejo, con su cara y traje tan arrugados que se confundía con las asperezas del tronco. Con voz gastada, como de cien años, murmuró al oído del gusano.

—Llévame a dar un paseo por el bosque y no te arrepentirás.

—Con mucho gusto —balbuceó el gusano algo asustado—. Mi lomo no es cómodo porque sube y baja; pero así se ven cosas distintas, porque siempre se está a diferentes alturas.

—Por eso te elegí. Te contaré un secreto: he perdido años cuidando el tesoro de los duendes. Mis ojos se cansaron con el brillo de las piedras

preciosas. ¡No sabes lo aburrido que es cuidar un tesoro!

—¿Un tesoro de verdad? —preguntó el gusano de tierra, lleno de expectativas.

—¿Hay tesoros de mentira? —preguntó a su vez el duende, trepando al lomo de su reciente amigo.

—No, claro que no —contestó el gusano, avanzando con lentitud, sin sentir el peso de su liviano jinete.

—¿Dónde está ese tesoro que cuidas? —se aventuró a preguntar luego.

—Es un secreto peligroso, pero...

El duende pensó unos instantes y añadió:

—Te lo contaré, porque si mis hermanos nos sorprenden juntos, su venganza te alcanzará lo mismo que a mí. Tienes que prometer que no revelarás el secreto ni a tu alma.

El gusano dio un alegre respingo que casi bota al duende.

—No, no se lo diré ni a mi alma, ni siquiera a mi sombra —prometió.

Miraron ambos a su alrededor con cierta inquietud, pero no vieron nada sospechoso. El duende susurró entonces:

—El tesoro cambia a menudo de lugar; solo yo conozco dónde se halla.

Comunicar parte del secreto dio al duende una felicidad tan grande que se puso a cantar a voz en cuello, sin ninguna prudencia. Por cierto, su voz era debilísima, pero cualquier criatura del bosque podía escucharla:

¡Lará, leré, leré, je je!

*Los duendes me creen su esclavo
y ya nunca más lo seré.*

*Por bosques de helechos y lunas
feliz de la vida me iré.*

¡Lará, leré, leré, je je!

El gusano se detuvo a cobrar fuerzas, mordiendo unas malezas, y aprovechó para hacer varias preguntas que lo tenían intrigado.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Ese también es un secreto, pero como cada vez nos hacemos más amigos, te lo diré para que me llames en caso de necesidad: mi nombre es Rugoso.

—Rugoso, ¿me permites una pregunta más?

—Siempre que no hables con la boca llena.

El gusano tragó rápido.

—¿Me dejarás echar una mirada al tesoro que guardas?

—¡Ah, sabía que te gustaría verlo! A ti, que me has prestado tu lomo sin saber quién era yo, te dejaré mirarlo; pero te advierto que no pierdas la cabeza cuando lo veas. A pesar de su maravilla, es un tesoro de la tierra, nos esclaviza y aburre al final.

—Nunca he visto un tesoro, aunque suelo tropezar con pepitas de oro fino al hacer mis pasadizos en el barro. Debe ser algo maravilloso un tesoro de duendes —suspiró el gusano echando a andar.

Más adelante comentó:

—Creo que jamás me aburriría de cuidar un tesoro.

—¿De veras? Eso mismo pensé yo cuando cometí la torpeza de ofrecerme a vigilarlo. Pero olvidemos el tesoro y gocemos del paseo. ¡Qué bien se respira, qué hermoso es tener por techo delicadas hojas! Mis ojos descansan mirando la suave oscuridad. Esto es un regalo que no aburre nunca.

Rugoso abrió los brazos para llenarse con la dulzura del aire. Durante el largo y refrescante paseo se bajó a oler las flores y abrazar las hierbas perfumadas de la menta y el poleo. Lanzaba gritos y suspiros de felicidad, porque hacía mucho tiempo que

no salía a recorrer el bosque.

Poco antes del amanecer, regresaron al viejo roble. Descendieron por la estrecha grieta hasta el fondo, donde se ensanchaba bruscamente en forma de bóveda. Al entrar, el gusano se detuvo deslumbrado: miles de piedras preciosas lanzaban destellos como un arcoiris de brillo fantástico. Ahí estaban el topacio oriental con su ojo de oro, la amatista semejante a un lirio morado, el rubí y el granate lanzando sus rojeces de vino, el agua marina y el circón azul, el ópalo lechoso con su fuego interior y el diamante parecido a una estrella. Las más puras y grandes estaban sobre repisas de piedra y las más pequeñas formaban montañas de luz y ríos de color.

Abrumado por tanta belleza, el gusano gritó:

—¡Esto es superior a mi sueño! Nunca me aburriría de cuidar un tesoro semejante.

—¿Te gustaría de veras cuidarlo?
—preguntó Rugoso.

—¡Sí! —exclamó el gusano trepando a una amatista y cubriéndose de reflejos lila.

—Entonces te prestaré mi vista de duende. Cuando uno vigila el tesoro, los ojos de los ambiciosos y avaros no pueden verlo.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo me darás tu vista de duende? —insistió el gusano, intrigado.

—Cambiaremos de traje por un tiempo, a ver si resulta lo que pienso —contestó Rugoso como si fuera algo sencillo.

—¿Qué es lo que piensas? —preguntó el gusano sin entender.

—Tú me darás tu vestido de seda y tu cara inocente, así mis hermanos no me reconocerán. Y yo te daré mi traje de corteza y mi vieja cara llena de experiencia. ¿Qué te parece?

—¡Me parece bien! ¡Será algo



divertido! —rió el gusano, y habría dado un salto de ser posible.

Hicieron el cambio sin pensarlo más. Luego se despidieron, no sin sentir una mutua compasión: el gusano, pensando que el duende había escogido la más humilde figura que camina por la tierra, y Rugoso, diciéndose que el gusano había cambiado su pequeña pero hermosa libertad por la esclavitud de contemplar un brillo inasible y pasajero.

Con su disfraz de gusano, el duende se alejó arrastrándose, lo que le resultó antipático desde el comienzo; el aire que respiraba lo hizo olvidar tan incómoda posición.

—Ya me acostumbraré —se dijo.

Se enroscó bajo unas hierbas empapadas de rocío a esperar que amaneciera del todo. No sabía lo peligroso que es para un gusano salir a la luz del día.

Junto con el primer canto del alba,

quiso la mala suerte que apareciera cerca suyo nada menos que uno de sus antiguos compañeros, un duende mal genio que buscaba su desayuno. El falso gusano se encogió, temeroso de que lo descubrieran, pero luego recordó que nadie reconocería bajo tan humilde disfraz a un miembro importante de la famosa Cofradía de los Duendes. La paz duró poco. El hambriento duende se fue derecho hacia él y lo increpó:

—¿Qué haces aquí, gusano, a plena luz? Deberías sumergirte. Este es el lugar preferido de donde saco hojas y raíces dulces para mi desayuno. Vete de aquí de inmediato.

—¡Qué divertido! —rió el gusano-duende, aprovechando que su compañero no lo reconocía—. ¡No me da la gana moverme de este prado!

Colorado de rabia y sorpresa, el otro chilló:

—¿Qué calamidad es esta? ¿Un

gusano creído, un gusano sin complejos?

—¿Qué complejos quieres que tenga, duende atropellador?

—¿Te atreves a insultarme?
—gritó el otro, morado de furia.

El gusano-duende se echó a reír viendo el enojo de su compañero.

—Si no te vas y desapareces, gusano infeliz, te daré un golpe.

—¿Un golpe?

El otro levantó una mano amenazante.

El falso gusano decidió entonces correrse más que ligero, porque las palmadas de sus congéneres eran tremendas. Rugoso empezó a comprender que había elegido mal su disfraz. Él también era forzado, pero no podía usar su poder vestido de gusano.

Un poco más allá, casi se lo come un pájaro hambriento; se defendió hundiéndose bajo tierra, lo que terminó por disgustarlo del todo.

—No es bueno el gusto a polvo —murmuró tragando más barro al hablar.

Esa misma noche regresó a la grieta del roble, donde encontró a su amigo algo tristón.

—¡Ay, amigo! ¡Qué bueno que llegaste! —exclamó el gusano entre crujiidos. Aunque la belleza del tesoro es muy grande, no puedo gozarla enteramente, porque no tengo con quién compartirla.

—Yo tampoco estoy contento —se apresuró a explicar Rugoso—. En el bosque todos son peleadores, abusadores y caníbales. Varias veces me quisieron devorar. Te confieso que tampoco me gustó comer tierra.

—Lo siento, es difícil la vida de un gusano, aunque a mí me parece buena. ¿Qué podemos hacer?

—Es muy fácil solucionar nuestro desacuerdo si volvemos a cambiar de traje —sugirió Rugoso.

—Es lo mejor —gritó el gusano empinándose—. La belleza muere en la soledad. No hay ningún espectáculo hermoso que se pueda gozar sin la compañía de los demás, aunque sean peleadores y cansbales.

Ambos cambiaron nuevamente de ropaje, sintiéndose felices dentro de sus cueros propios. En seguida se pusieron de acuerdo en un modo de vivir casi perfecto.

—De vez en cuando, querido gusano, me llevarás a dar un paseo —propuso el duende—. No necesito más que un poco de buen aire.

—Cuando tú y yo salgamos juntos, a la vuelta me dejarás mirar por un rato el tesoro —añadió el gusano.

Se despidieron como dos buenos amigos. Rugoso, como una distinción especial, incrustó en el lomo del gusano algunas turquesas del más puro color celeste.

Más tarde, repartió algunas gemas



entre los pájaros y bichos del bosque; por cierto, ninguno de los que recibieron nuevos brillos supo quién se los había regalado.

El lugar donde está el tesoro de los duendes sigue siendo un secreto casi imposible de descubrir.

4 El tesoro redondo

LA PEQUEÑA lagartija de lomo azul y panza amarilla se comió un moscardón tan tranquila como sus antepasados, los lagartos voladores, devoraban a los toros. Luego, se echó a dormir a pleno sol. Sin embargo, un ojo misterioso permaneció alerta en su corazón.

Cuando el peuco deslizó su sombra sobre el lugar, la lagartija huyó medio dormida y se escondió entre la hojarasca. Chocó contra algo muy duro, pero no se atrevió a moverse ni tampoco a quejarse por temor al bandido del aire. Cuando lo sintió alejarse, lo que también le avisó su

“ojo de conservación”, se puso a mirar y tocar el objeto con el que había chocado. Era una cosa redonda y plana.

—Se parece a la Luna y a mi señor, el Sol —murmuró.

Le dio un mordisco para saber qué gusto tenía y casi se quiebra la mandíbula.

—¡Qué cosa más rara! Es helada como yo. Ni siquiera le hice una marca cuando la mordí con todas mis fuerzas y no tiene olor a nada viviente.

Retrocedió algo temerosa. Aunque el objeto estaba cubierto de barro, brillaba aquí y allá con tonos dorados.

—Esto no es natural —reflexionó—. No se parece a una semilla, ni a una flor, ni a una hoja, ni a ningún bicho amigo o enemigo.

En su pequeño cerebro saltó de pronto una chispa.

—¡Debe ser un tesoro del Sol, un tesoro redondo!

Corrió a contarle a su amigo, el conejo Buendiente, lo que había descubierto.

—¡Amigo, ven a ver el tesoro que me mandó el Sol! —gritó por la boca de la madriguera del conejo.

—¿Eh? ¿Quién es? —contestó la voz adormilada de Buendiente, que nunca salía a la luz del sol.

—Yo, tu amiga lagartija. ¡Encontré un tesoro!

—¿Se puede comer? —preguntó el conejo asomando la cabeza.

—Yo casi me quebré la mandíbula al morderlo, pero a lo mejor con tus dientes maestros le puedes sacar un pedazo.

—Tus dientes falsos solamente mastican moscas —rió Buendiente.

—Mis antepasados comieron vacas y toros —advirtió la lagartija abriendo unos grandes ojos.

—¡Bah! Tus antepasados debieron ser lombrices que criaron patas.

—Estás muy equivocado. Eran unos inmensos lagartos con alas.

Al decir esto, la lagartija puso una cara tan feroz que el conejo retrocedió un poco en la madriguera. Temiendo que su amigo se hubiera disgustado, suavizó su expresión:

—Oye, Buendiente, no te vayas. Vamos a ver el tesoro —rogó la "fiera" sonriendo de oreja a oreja.

—Antes de salir, tengo que observar que no haya ninguno de mis enemigos en las cercanías —advirtió el precavido conejo.

—Te aseguro que no hay nadie —afirmó la lagartija—. Recuerda que los zorros y los perros saben que sales más tarde y a esta hora duermen como tú.

—Tienes un poco de razón —concedió Buendiente.

Sin embargo, no dejó de observar bien los alrededores al salir. Uno saltando y la otra corriendo llegaron

al lugar del misterioso objeto. Buendiente trató de roerlo y solo pudo dejar una marca dorada en el borde del tesoro. Descubrió que no era tallo verde ni madera, sino algo parecido a una piedra.

—Quitemos el barro de esta cosa —propuso.

Limpiaron prolijamente el tesoro con sus patas y hocicos. Al quedar lustroso, lanzó tales destellos que la lagartija gritó:

—¡Es una estrella que me mandó el Sol! Podría ser. No tengo experiencia en cosas del cielo; pero hay algo en la superficie del tesoro, como si alguien la hubiera rayado prolijamente.

—Es verdad. No me había fijado. ¿Quién podrá saber de qué se trata todo esto?

Pensaron largos instantes y el conejo dio la solución:

—Hay que consultar al chuncho del bosque. Él lo sabe todo.



—Yo no voy donde el chuncho, porque me puede comer —advirtió la lagartija poniendo cara de susto.

—¡Ah! ¿Dónde están tus feroces antepasados? Así como no es la hora de comer de los zorros y los perros, tampoco el chuncho acostumbra a cenar a esta hora.

—Es verdad, el chuncho casi no ve cuando hay luz —reconoció la lagartija.

Ambos partieron hacia la oscura gruta donde vivía el búho más viejo del bosque. El conejo iba callado porque llevaba el tesoro en la boca. La miedosa lagartija se protegía, ocultándose bajo la cola de su amigo.

El búho solo despertó cuando el conejo le habló del extraño tesoro.

—A ver, ¿qué dices de un tesoro redondo, o de una estrella que regaló el Sol?

—La lagartija cree que cayó del cielo, pero no estoy seguro de que sea

así. El tesoro tiene unas rayas misteriosas y quisiéramos que tú nos dijeras de qué se trata.

Buendiente hizo rodar el objeto hasta los pies del búho. El pájaro se agachó para mirarlo de cerca, como buen miope que era.

—¡Epa! —exclamó retrocediendo alarmado—. Esta cosa tiene grabada la figura de un águila.

El conejo y la lagartija sintieron un escalofrío por el espinazo.

—Si el tesoro lleva la figura del águila, quiere decir que le pertenece a ella. Es mejor no tocarlo. Puede ser peligroso, muy peligroso —concluyó el búho, retirándose al fondo de la gruta.

Buendiente se asustó mucho y no quiso acercarse al tesoro del águila, pero la lagartija, más ambiciosa que miedosa, chilló:

—¡Mentira! El tesoro es mío, porque yo lo encontré. El chuncho

es un pájaro de mal agüero.

Con su hociquito lo empujó, haciéndolo rodar fuera de la gruta y acarreándolo hacia un lugar asoleado. El conejo le hacía terribles advertencias de no meterse con la poderosa águila. Avanzaban muy afanados, uno discutiendo y la otra empujando, cuando se toparon de patas a hocico con el cururo, un joven ratón campesino.

—¡Hola! ¿Qué les pasa que alegan tanto?

Buendiente le mostró el tesoro y explicó las razones del búho para asegurar que le pertenecía al águila. La lagartija lo interrumpió furiosa:

—Ese chuncho miope cree que vio un águila, pero el tesoro es mío. Me lo mandó el Sol, porque yo soy su amiga.

—Según la ley del bosque, un tesoro es de quien lo encuentra. Déjenme verlo —pidió el cururo, que

conocía el mundo de los animales y el de los hombres mejor que el búho.

Apenas lo miró, dijo:

—Esta cosa es del hombre. Aunque tiene la figura del águila, la fabricó el hombre. He visto muchas de estas en sus cajones.

—Pero ¿qué es? —preguntaron al mismo tiempo el conejo y la lagartija, cansados de tanto misterio.

—Esto es una antigua moneda de oro.

—¿Para qué sirve? —preguntó la descubridora algo desilusionada de que no fuera un regalo del Sol.

—A nosotros, para nada. A los hombres, para comprar y vender; pero sobre todo les sirve para pelear. Hasta llegan a matarse por una moneda como esta.

La lagartija decidió desprenderse de un tesoro inútil. Los tres amigos lo hicieron rodar hasta la laguna de los sapos, con gran diversión.



—Creerán que el sol cayó al agua y se pondrán felices —comentó el cururo.

Así fue. Solo que para algunos sapos se trataba de la luna y para otros, del sol. Hasta hoy, cada anochecer, cuando la moneda brilla en el fondo de la charca, los sapos discuten si es el sol o si es la luna. En todo caso, están felices de cantarle a un tesoro redondo que cayó del cielo.

5 *El secreto del caracol*

UNA MAÑANA, apenas salió el sol, la flor Ojo de Niña abrió su corola azul y divisó al pie de su tallo el rastro de plata del caracol. Llena de curiosidad, vio que el rastro se perdía detrás de unas piedras, húmedas aún por el rocío.

Aunque era temprano, Ojo de Niña habló en versos algo imperfectos, porque cuando las flores se emocionan, piensan y conversan así:

*El rastro de plata
no puedo seguir,
no tengo patitas
y raíces sí.*

*En la noche oscura
anda el caracol,
tiene algún tesoro
que esconde del sol.*

Una voz delicada interrumpió sus pensamientos:

—Oye, ¿tienes un poco de rocío para lavarme la cara?

*—Me queda una gota,
que apenas se nota.*

El elfo Nino, diminuto como una mota de polvo, se metió de cabeza en la flor, desordenando los estambres.

*—¡Eh, ten mucho cuidado!
Espero la visita de un mosquito
educado.*

—Perdona. No quise ser brusco, pero amanecí sediento.

*—Yo, en cambio, descubrí
un extraño misterio,
solo si tú me ayudas
con tus alas de luna,
podremos conocerlo.*

—Claro que te ayudo. ¿Cuál es el misterio?

Nino revoloteó en torno a Ojo de Niña lleno de buena voluntad.

*—Fíjate en esa huella
que dejó el caracol,
de plata machacada
está brillando al sol.
Detrás de esas piedras
debe haber un tesoro;
el vagabundo oscuro
dejó un rastro seguro.*

—¡Qué interesante! Veré de qué se trata y enseguida vuelvo a contarte.

Como un gajo de luz, se perdió de vista detrás de las piedras, mientras la flor se balanceaba en el aire mañanero llena de preguntas.

Pasó un rato y Ojo de Niña comenzó a impacientarse.

*—Pasaron tres segundos;
es mucha la demora
para mí que florezco
tan solo algunas horas.*

En vez del elfo, apareció la mariposa, con su revoloteo desordenado, aquí y allá, como si fuera corta de vista.

—*Muy buenos días,
mariposa azul,
¿qué cosas nuevas
me cuentas tú?*

—Las novedades son tantas, que no me acuerdo de ninguna —contestó la mariposa, deteniéndose unos instantes junto a la flor.

—*Por favor, no te vayas.
Tú, que puedes volar,
anda a ver un tesoro
que creo hay por allá.*

Ojo de Niña indicó la dirección a la mariposa, que al oír lo del tesoro, se entusiasmó tanto que olvidó su coquetería y voló, sin desviarse, hacia las piedras. Pasó otro rato largo. Ojo de Niña casi lloraba de impaciencia.

—*También la mariposa
es una demorona,*

*yo cuento la noticia
y aquí me dejan sola.*

Agitó sus pequeñas hojas redondas en señal de protesta, pero nadie le hizo caso. Habría llorado, con peligro de secarse, si en ese momento no desfilan a sus pies seis chinitas, llevando sobre sus lomos unos envoltorios brillantes. Seguían la huella del caracol y desaparecieron entre las piedras.

—*Seis chinitas van corriendo
con seis paquetes brillantes.
Si yo tuviera patitas
las seguiría al instante.*

Aún no terminaba de hablar, cuando detrás de las chinitas aparecieron dos escarabajos de élitros verdes, volando a ras del suelo con amenazadores zumbidos. De sus patas encogidas colgaban envoltorios que se balanceaban lanzando luces.

—¿Qué llevan ahí?... —alcanzó a gritar Ojo de Niña antes de que

los bichos desaparecieran detrás de las piedras.

Sin embargo, al pasar sobre la flor se les cayó una especie de polen que tiñó de rosado y lila el entorno.

“Poco a poco sabré todo” pensó dándose ánimo.

Una hilera de hormigas atravesó la huella del caracol. Algo olieron, porque se desviaron de su camino para seguir el rastro de plata. La flor se estiró todo lo que pudo, presintiendo que pasaría alguna cosa y tuvo razón: al poco rato, las hormigas regresaron en tropel, muy enojadas.

—¿Qué pasó? —gritó Ojo de Niña, olvidando la poesía.

Las hormigas no le hicieron caso, pero oyó sus murmullos agresivos mientras se alejaban.

—No nos dejaron entrar. Ya verán esos locos, ya verán.

¿Sería algún lugar cerrado, al que

ni las hormigas podían entrar? La flor, imaginando, se consoló un poco. El elfo Nino aterrizó de pronto en una de sus hojas.

—Perdona que me demorara tanto. Ha sido muy difícil averiguar el misterio del caracol.

—¡Cuenta, cuenta, cuenta! —gritó la flor, poniéndose intensamente azul.

El elfo retrocedió un poco, asustado de tanta impaciencia. Desde el aire, informó rápidamente lo que sabía:

—Cálmate, por favor. Solo he visto a seis chinitas y a dos escarabajos, cargados de paquetes brillantes, meterse entre las piedras y cerrar una puerta de ramas finamente entretejidas. También vi que estos personajes amenazaban con sus tenazas a unas hormigas que luego se retiraron furiosas. Nadie puede acercarse a la morada del caracol sin recibir un mordisco o un pellizco.



—¿Son acaso peligrosas las chinistas graciosas? —preguntó la flor, pensando que Nino sabía casi tanto como ella, que no podía moverse.

—Son terribles. ¿No has visto cómo devoran pulgones sin piedad? Con su linda apariencia, son unas carnívoras insaciables. Una vez me confundieron con un pulgón y si no fuera porque soy rápido como la luz, estaría viviendo dentro de una de ellas.

—¡Qué horroroso! —exclamó la flor, palideciendo y perdiendo poesía.

—No logro imaginar qué pretende el caracol con esos aliados; en realidad, es una persona que no se comunica.

Pensativo, Nino se sentó en una hoja cerca de su amiga. En esto llegó la mariposa, indecisa como siempre.

—Oigan, si el caracol tiene un secreto, yo tengo otro —dijo batiendo el aire en torno al elfo y a Ojo de Niña.

Los dos se echaron a reír al escucharla.

—*Secreto y mariposa
son dos cosas contrarias:
secreto es una cosa
y otra es mariposa.*

Muy disgustada con las risas y con el verso de la flor, la mariposa se detuvo en el aire, un poco frenética:

—¿Creen que el caracol no más tiene algo interesante que esconder? Por desconfiados, nunca, nunca les contaré mi secreto.

—Linda mariposa, no te enojés —suplicó el elfo sin dejar de reír—, después de que averigüemos qué esconde el caracol, tú nos contarás tu secreto.

Ojo de Niña asintió, mirando a la muy coqueta con ternura.

—Yo me voy a mirar las flores, porque hay miles que se han abierto en estos días. No me interesa para nada el misterio del caracol —gritó

la mariposa yéndose en el aire primaverales.

Nino y la flor se miraron comprensivamente.

—Hay personas que siempre quieren estar en el centro de la atención —reflexionó el elfo.

Nino se pasó el día yendo y viniendo entre su amiga y la misteriosa puerta.

Hacia el atardecer, gran cantidad de bichos se habían reunido al pie de la flor: grillos, cucarachas, una que otra araña, saltamontes y hasta palotes; todos en espera de que se revelara el tesoro del caracol.

Con las primeras sombras, un desfile resplandeciente asomó entre las ramas del bosque: a la cabeza iba el ciervo volante, abriendo y cerrando sus tenazas, rodeado de cien luciérnagas.

Venía a saltos una rana, equilibrando en el lomo una estrella dorada.

Más atrás, lento y pomposo, avanzaba el propio caracol, luciendo sobre su concha una capa de pétalos de rosa unidos por hilos de plata.

Cerraban el cortejo pequeños caracoles, cada uno con un globo de espuma de distinto color.

Tanto fue su asombro que los espectadores se quedaron inmóviles y sin zumbido.

Apenas el desfile desapareció entre las piedras, unos corrieron, otros saltaron y otros volaron detrás, pero solo alcanzaron a ver como se cerraba la puerta de ramas.

Los escarabajos verdes se asomaron para anunciar que dentro de poco se conocería el misterio.

—Zzzum, tengan paciencia y mucha calma, todos tendrán su tesoro —zumbaron agitando sus élitros color esperanza.

Un murmullo de alas, patas y crujidos recorrió a la multitud. Ojo de

Niña, en su curiosidad, se estiró tanto que creció, asomándose por encima de las piedras. Desde lo alto, divisó la puerta pintada por el último rayo de sol.

En ese mismo instante se abrieron las batientes con gran ruido de tambores, campanillas y élitros; apareció una maravillosa tienda iluminada por luciérnagas, donde no faltaban ni las estrellas de polen batido, ni los granos de azúcar de colores. ¡Había de todo! Un olor exquisito, mezcla de caramelo y miel, flotó en el ambiente.

Las chinitas eran las vendedoras y el ciervo volante, el maestro de ceremonias.

El caracol, luciendo además de la capa un sombrero de pétalos rojos, proclamó con voz sonora:

—¡Se inaugura la Tienda de las Maravillas! Pasen y escojan sus tesoros, el que ustedes quieran. Hay para

todos los gustos.

Contradiciendo lo que había dicho a Ojo de Niña y a Nino, la mariposa fue la primera en entrar y compró un collar de cristales que pagó con un poco de polvo dorado de sus alas.

Las cucarachas y las señoras de los escarabajos se pelearon por un tafetán rojo tejido por arañas de la China.

El ciervo volante, olvidando su oficio de anunciar a los clientes, comió sin parar cogollos de yuyo envueltos en polvo azucarado.

Las hormigas llegaron en tropel, como siempre, y se llevaron la miel en hojas a cambio de pepitas de oro de sus hondos hormigueros.

Los escarabajos adquirieron bolitas de barro para jugar.

Del techo colgaban titilantes gotas de rocío que entusiasmaron a Nino. A cambio de unas chispas de su traje, el elfo se llevó dos: una

para él y otra para su amiga Ojo de Niña. Ambos se refrescaron después del largo día lleno de inquietudes que habían pasado.

Los grillos y los saltamontes se comieron las estrellas de polen a cambio de un concierto de música vespertina.

Hasta los pequeños caracoles disfrutaron, rodeando a su padre, agitando sus globos y comiendo tallos de musgo acaramelado.

Alguno, entendido en comercio, preguntará si el caracol pagó a las chinitas y a las luciérnagas que lo ayudaron con tan buena voluntad. Sí, cuentan que al final de la noche les regaló el polvo dorado de la mariposa, las chispas del traje de Nino, las pepitas de oro de las hormigas; en fin, los brillos materiales. Todos quedaron satisfechos, pero más que ninguno, el propio caracol, que gozó haciendo felices a sus amigos del bosque con

el recuerdo imborrable de su Tienda de las Maravillas.

Algo falta para el final de esta historia.

Al día siguiente, sucedió lo más inesperado. Cuando Nino y Ojo de Niña preguntaron a la mariposa cuál era su secreto, ella, revoloteando para lucir su collar de cristales, contestó sorprendida:

—¿Mi secreto? Si he tenido alguno, se me olvidó.

Nino y su amiga bailaron de risa en el aire. La flor hilvanó unos versos algo imperfectos que los bichos del bosque suelen cantar jugando a la ronda:

*—El único secreto
que nunca sabrás tú,
lo tiene entre sus alas
la mariposa azul.
Ella no lo recuerda
y aunque preguntes tú,
es el único que guarda*

*la mariposa azul.
¿Será muy importante?,
preguntamos yo y tú.
Es secreto que vuela,
la mariposa azul.*